

Domingo de la III semana de cuaresma. Lc 13,1-9

“También todos comieron la misma comida y bebieron la misma bebida espiritual. En efecto, bebían el agua de una roca espiritual que los acompañaba, y esa roca era Cristo” (1 Co 10, 3-4).

San Pablo recuerda como los israelitas se alimentaron en el desierto del maná y el agua que brotó de la roca; son símbolos de la Eucaristía que Cristo nos regala.



Jesús es el único Pan de Vida, que sacia nuestra hambre. Nos da el agua Viva, para que nunca más tengamos sed. Así se lo hace ver a la samaritana y enciende en ella el deseo de beber del agua que brota de su Corazón. «Señor, le dijo la mujer, dame de esa agua para que no tenga más sed y no necesite venir hasta aquí a sacarla» (Jn 4,15).

La mujer está cansada afectivamente (mucho más que físicamente, por tener que caminar hasta el pozo). Nunca se ha sentido amada, quiere un amor verdadero, que la enseñe a amar, para que su corazón sea un torrente de amor hacia los otros.

En el encuentro con la Samaritana, está el signo del desposorio de Cristo con nuestro corazón. Ya sólo le pertenecemos a Él. No necesitamos correr detrás de sucedáneos que nos dejan vacíos.

Estamos llamados a entrar al manantial del agua viva que Cristo ha puesto en nuestro corazón, para beber en su intimidad y saciar la sed de nuestro prójimo.

¡Jesús, dame sed de ti!

¿En qué cosas busco saciar mis necesidades o vacíos existenciales?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc